

VIVIENDO DONDE ESTAMOS 2

Parte 21

“...para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”

– (Efesios 2:7)

REPASO

En la lección anterior hablamos acerca de la realidad de que Dios nos vivificó, levantó y sentó juntamente con Cristo en lugares celestiales. También pasamos tiempo conversando un poquito sobre lo que significa vivir donde estamos, o vivir donde hemos sido colocados. Dijimos que una cosa es haber recibido vida, ser levantados y sentados juntamente con Cristo como un hecho espiritual, y otra completamente diferente, aprender por el Espíritu cómo permanecer, vivir y conocer esa realidad como lo más real para nuestra alma.

LECCION

En mi opinión el versículo de esta lección continúa el pensamiento de lo que Pablo estaba describiendo en los versículos 5 y 6, a saber, el gran amor de Dios. He dicho varias veces que el amor de Dios para nosotros es mucho más de lo que pensamos, pero no sólo eso, también es diferente a lo que pensamos. ¡Mejor, pero diferente! He mencionado que generalmente le proyectamos a Dios nuestro entendimiento o nuestra experiencia de amor y lo multiplicamos, cuando queremos ilustrar el amor de Dios por nosotros.

Recuerdo que de niño le pregunté a mi mamá si Dios me amaba más que ella. Considerando cuán terrible era yo, esa probablemente no era una pregunta difícil de responder. Mi mamá respondió que sí, que Dios me amaba más que ella, y por supuesto, imaginé la misma emoción de amor que yo entendía, pero mucho más intensa y constante. Esa era la imaginación de un niño de 8 años, desafortunadamente, esa imaginación no fue desafiada por nada de lo que escuché las siguientes dos décadas; todo lo contrario, fue animada y cultivada.

Entonces, en lugar de perder mi concepto humano del amor de Dios conforme el Espíritu de Dios me hacía crecer en la Verdad, fui animado a hacer todo lo que podía para aferrarme a ese concepto, obligándome a creerlo, cantando canciones sobre él, leyendo

libros acerca de él, recordándome a mí mismo que era cierto hasta que no lo dudara. Por supuesto que dudé, porque como cualquier otro de mis pensamientos, existen en mi mente sólo hasta que algo más razonable llegue.

¿Ha notado usted lo difícil que es obligarnos a creer algo que realmente no creemos, o creer algo que nos parece que tiene evidencia en su contra? La mente natural no puede ser el origen de lo que usted sabe que es espiritualmente cierto. La mente natural nunca tuvo como propósito crear nuestro sentido de realidad espiritual. Sé que nosotros intentamos usarla todo el tiempo para ese propósito, pero eso sería como usar un martillo para fijar un tornillo, o ponerse lentes de contacto en los oídos. Puede que intentar usar la mente natural así sea muy común, pero es increíblemente ridículo.

No hay manera de que nuestra mente pueda llegar a lo que sólo la mente de Dios puede revelar; sólo hay una ruta a la realidad. Él nos enseña o nosotros no aprendemos. Peor que eso, Él nos enseña o nosotros imaginamos. Las Escrituras están llenas de versículos que insisten dogmáticamente que sólo el corazón enseñado por el Espíritu de Dios puede conocer la realidad espiritual. Existe un nombre para la mente natural que se fuerza a creer algo que no ha visto por el Espíritu, “lavado de cerebro”. Puede que el lavado de cerebro nos ayude a vivir radicalmente por un sistema de creencias, pero nunca nos ayudará a conocer al Señor.

Volvamos a mi imaginación de niño de 8 años sobre el amor. Yo tenía un sistema de creencias que me obligaba a mí mismo creer, pero yo no conocía el amor de Dios, y como sucede con cualquier sistema de creencias, cuando finalmente Dios empezó a recibir espacio para enseñar mi alma por mi humillación ante Sus caminos...no pareció estar muy interesado en ajustar o ensanchar mi sistema de creencias. Todo lo contrario, parecía que quería destruirlo; a nada del sistema se le permitiría permanecer, no porque fuera necesariamente malo, sino porque se interponía en el camino de la Verdad.

Incluso nuestro conocimiento de las cosas verdaderas tiene que ser sustituido por Su conocimiento. Sé que esto suena extraño, pero es cierto. El entendimiento espiritual no es nuestro entendimiento de cosas espirituales. El entendimiento espiritual es el entendimiento de Dios de todas las cosas que obra en nuestro corazón. Es una mente totalmente diferente, es la mente de Cristo. Tal vez usted esté preguntándose: “¿Cuál es la diferencia?” Bueno, usted podría decir que, es la diferencia entre una hormiga mirando a un humano, y un humano mirándose en un espejo. En ambos casos se está viendo lo mismo, pero sólo en uno se está viendo con algún entendimiento real.

Entonces, cuando yo tenía 8 años, no estaba mal que el amor de Dios fuera real; era más real de lo que yo podía haber imaginado. No estaba mal que el amor de Dios fuera mayor que el amor humano; no estaba mal, eso era cierto. Lo que sí estaba mal, superficial y peligroso, era que yo me aferrara a mis pensamientos y sentimientos acerca de lo que yo

quería que fuera el amor, en lugar de pedirle al Señor que me mostrara el amor de Dios en Cristo.

Así que, Pablo continúa en este versículo de Efesios la descripción del gran amor de Dios conforme él iba conociéndolo en Cristo. Y como lo vemos en muchos versículos del Nuevo Testamento, el amor tiene que ver con mucho más que sólo algo que Dios siente. El amor de Dios es una puerta cubierta de sangre que nos saca de una vida y nos mete en otra. El amor de Dios es un Cordero que Él nos ofrece como la muerte a nuestro yo, y como Vida en el Padre. El amor de Dios es la cruz, por lo que cuando somos bautizados en Su muerte, podemos ser vivificados, resucitados y sentados juntamente con Él en los lugares celestiales.

En esta nueva relación con Dios en la que estamos muertos y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios, nos tornamos partícipes de Su propósito eterno. Nos tornamos partícipes de la relación de Cristo con Su Padre. Nos tornamos partícipes de la gloria que el Hijo siempre ha tenido con el Padre. Nos tornamos partícipes de Él porque Él es nuestra vida, de todo lo que Él es y de todo lo que Él tiene. Al darnos a Cristo como nuestra vida, Dios nos ha dado todas las cosas que Él podía darnos; se ha dado a Sí mismo, nos ha dado Su justicia, nos ha dado Su gloria. ¡Este es el amor de Dios!

Este versículo describe la realidad de que este don de gracia es eterno a través de las edades; nunca cesa. Los que hemos sido bautizados en Cristo somos los recipientes permanentes de esta gracia. Somos los recipientes permanentes de Su desbordante bondad. El eterno propósito de Dios que tiene que ver con la glorificación y exaltación de Sí mismo en la Persona de Cristo, incluirá permanente y perfectamente a los que estamos en Él. Es decir, lo que Dios ha hecho por Su Hijo al darle vida, levantarlo y sentarlo a la diestra de la gloria...es también nuestra posesión y experiencia, porque nosotros hemos venido a ser un espíritu con Él. Nosotros somos los beneficiarios eternos de este plan, de esta bondad y de este amor, porque estamos en el Hijo de Su amor.

¿Puede ver usted cuánto más grande es el amor de Dios, que sólo, **cómo** se siente Él? El amor de Dios es: Cristo dado, para que sea la muerte, el juicio, la resurrección y la vida de todo el que lo reciba. Y ahora, los que vivimos en y por medio de Cristo, vivimos en el amor de Dios. Es un estado de ser, un estado de realidad. Es una Persona en quien vivimos, una vida en la que moramos. Ahora podemos entender lo que las Escrituras dicen cuando hablan del amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones. (Romanos 5) Ahora podemos entender qué significa que necesitamos ser cimentados y arraigados en ese amor. (Colosenses 2) No ser cimentados y arraigados en una emoción, ni en nuestro sistema de creencias acerca del amor de Dios, sino cimentados y arraigados en el verdadero amor de Dios. Ahora podemos ver lo que Pablo quiso decir cuando dijo que este amor comienza a constreñirnos en todas las cosas. (2 Corintios 5) Es en este amor, en la realidad de esta relación, en la que permanecemos los que hemos perdido

nuestras vidas y hallado la de Él. (Juan 17) Es este amor el que manifestamos a los que son Su cuerpo y que también son recipientes de Su gran amor.

No estoy tratando de ser misterioso o pasarme de listo. Alguien dijo una vez que no le gustaba que yo siempre estuviera redefiniendo las palabras. Bueno, yo no las estoy redefiniendo, nosotros ya lo hicimos, ahora las estamos viendo como están en Cristo, como siempre han estado en Cristo. En realidad, estamos tirando nuestras definiciones predefinidas y sustituyéndolas por la perspectiva de Cristo. La perspectiva de Cristo en quien todas las cosas espirituales tienen significado y definición; aparte de Él nada tiene significado.

Sé que me repito con frecuencia, pero también sé algo de cómo obra esto. Sé que no estamos llegando al entendimiento de un montón de cosas sobre las que aprendemos, sino a la siempre creciente perspectiva de la Persona en quien están todas las cosas. Así que, entre más lo veamos, sin importar cuánto hayamos visto ya, habrá algo más que mostrar, algo que ver, siempre. Entonces, permanecemos en las realidades espirituales como el amor, para darle al Espíritu de Dios suficiente tiempo para incrementar nuestro entendimiento espiritual y ensanchar nuestra perspectiva.

Nuestro versículo en Efesios dice que nosotros somos los recipientes eternos de la bondad y de la gracia de Dios, porque hemos llegado a una unión eterna con Su Hijo. La eternidad (comenzando desde el día que nacimos de nuevo) es el aprendizaje, experiencia, disfrute y expresión continua del gran amor con que Dios nos ha amado en Cristo. Pero, como mencionamos en la lección anterior, esta vida eterna, esta relación celestial no inicia cuando muere el cuerpo. La muerte del cuerpo es cuando dejamos caer en tierra la vasija que tomamos en préstamo temporalmente. Nueva vida, cielo, plena salvación, son realidades a las que hemos llegado en Cristo, por lo tanto, debemos aprender a vivir donde estamos ahora.

Cuando digo vivir donde estamos ahora, no hablo de creer donde estamos. ¡Desearía poder decir esto más enérgicamente! No estoy hablando de aprender acerca del lugar donde estamos; esto es infinitamente más real y sustancial que un sistema de creencias. Estoy hablando de vivir de acuerdo a la perspectiva de Dios de lo que es real, y no de acuerdo a la nuestra que está en constante contradicción con lo que Dios ha hecho.

Quiero hacer una declaración aquí y luego hablar acerca de ello. **El crecimiento espiritual ante los ojos de Dios es simplemente, la medida a la que hemos llegado de la perspectiva que tiene Dios de todas las cosas en Cristo, y subsecuentemente, la medida en la que permanecemos, descansamos, experimentamos y le damos expresión a esa obra consumada.** Esto puede que suene extremadamente simple, y sin embargo, sé que es cierta con todo mi corazón. Si esta no es una declaración cierta, entonces temo que no sé nada. ¿Por qué? ¿Por qué es cierta? Porque Dios ya “nos ha dado todo lo que pertenece a la vida y a la piedad”. Es cierta porque Cristo dijo:

“Consumado es”. Es cierta porque “hemos sido crucificados juntamente con Cristo”, y no queda nada para nosotros salvo aprender la realidad del resto de esa declaración: “...y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. Vivimos en Cristo para “ganar la excelencia del conocimiento de Él” y “volvemos la fragancia del conocimiento de Él en todas partes”.

El viaje en el que estamos no es un viaje que nos lleva del punto A al punto Z. Es un viaje que comienza en la plenitud del punto Z, aunque sólo tengamos entendimiento del punto A; estamos en el punto Z con un punto A de comprensión. Nuestro viaje, en cuanto a destino, meta y objetivo está terminado desde el momento que inicia. El progreso que es hecho, el viaje que experimentamos, es el proceso de comprensión espiritual, conocido de otra manera como fe, alinearse con el lugar donde estamos, y cómo la fe se alinea con la realidad, entonces caminamos por fe y no por vista. O usted podría decir, que cuando la perspectiva espiritual alcanza la realidad espiritual, entonces, y sólo entonces, podemos permanecer en ella.

En términos simples: Comenzamos en Z, pero nuestra mente está llena de A. Dios ve Z, nosotros vemos A, aunque la salvación nos ha vivificado, levantado y sentado en Z. Z no es adónde vamos a ir. Estos versículos nos dicen que el cielo no es adónde vamos a ir, el cielo es donde hemos sido sentados. ¡Sólo léalo, no lo estoy inventando! El cielo es la vida eterna, la relación y el ámbito al que hemos llegado en Cristo. Todo está consumado. Nosotros comenzamos en Z con una comprensión de A. ¿Qué se necesita? La perspectiva de Dios de donde estamos. La perspectiva de Dios de lo que somos. La perspectiva de Dios de Z. Necesitamos conocer como somos conocidos.

“Hemos muerto y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. “Hemos sido bautizados en la muerte de Cristo, resucitados con Él para caminar en la novedad de vida”. Todo esto es parte de Z. ¿Por qué es que la iglesia convierte tan a menudo estas cosas en realidades futuras que debemos esperar en otro tiempo, en otro lugar, en otro evento? Sólo porque aunque vivimos en Z, no tenemos idea de dónde estamos o de lo que es real ahora.

Entonces, ¿qué pasa? Bien, esta cosa maravillosa llamada la renovación de la mente ocurre en aquellos que vuelven sus corazones a Él. Y, ¿qué hace? Hace que mi perspectiva, mi fe, mi conocimiento espiritual se empareje con el hecho consumado de Dios. Me lleva de A, a B, a C...no porque nos estemos moviendo a un lugar diferente, sino porque estamos creciendo en la comprensión dada por el Espíritu de donde estamos.

¿Qué estoy diciendo? Que no tenemos ninguna posibilidad de crecimiento en el Señor, crecimiento en el conocimiento de Él o transformación a Su semejanza, a menos que le permitamos a Él que nos dé Su perspectiva de lo que es ahora en Cristo. La perspectiva de Dios obrando en nuestras almas nos muestra, que en efecto, hemos sido vivificados en Su vida, resucitados en unión con Él y sentados en los cielos en Cristo. Y conforme le permitimos al Espíritu obrar esta realidad en nuestra alma, más le prestamos atención a la

amonestación de Pablo en Colosenses 3: “Pongan la mira en las cosas de Z, no en las de A...porque en cuanto a, A, hemos muerto”.

Ahora, amigos, hay muchas cosas que tratamos de arrastrar a Él porque queremos que tengan un lugar; pero no lo tienen. Hay tantas cosas que queremos que este viaje incluya; caminos que queremos seguir, direcciones que nos gustaría tomar. Estamos tan seguros que están involucradas que dejamos espacio para ellas. Estamos seguros de que Dios no haría eso, o no quiso decir esto, o quiso decir esto otro. Resultado final: Tenemos miedo debido a que este es un territorio desconocido...y queremos con desesperación que se incluya algo familiar, algo que podamos hacer, algo que podamos ser. Es un lugar al que nunca hemos ido antes, por eso tratamos de traer algo seguro, algo familiar, algo a que aferrarnos. Es como si uno de mis hijos llevara su osito de peluche favorito a una fiesta de pijamas. Es casi como si llevara un pedacito de nuestro hogar y de nuestra familia con él.

Nosotros hacemos eso. Nosotros hacemos eso con el Señor, sólo que, a diferencia del osito de peluche, no funciona, no se ajusta, salvo en la imaginación de nuestra mente no renovada. Tenemos miedo debido a lo que Dios nos muestra que esto puede involucrar, incluir y quitar, y que puede que no deje espacio para nada más. Tenemos miedo porque delante de nosotros hay una puerta con sangre que dice: “No yo, sino Cristo”, y no estamos muy seguros de lo que significa todo eso.

En realidad, detrás del miedo está la siempre presente raíz de la auto-preservación; nosotros no la llamamos así. La llamamos con palabras más inocuas como “balance” y “practicidad”. Como si hubiera balance entre la vida y la muerte, entre la luz y las tinieblas. Como si hubiera algo práctico que la muerte pudiera traer con ella a la luz. Tal vez usted no tenga idea de lo que estoy hablando; le pido disculpas. No estoy tratando de ser crítico, sólo estoy hablando de la manera en que nuestros corazones se resisten a Dios en Su deseo de mostrarnos Z, del deseo de Dios de mostrarnos dónde estamos, qué somos y qué significa. Nos resistimos porque siempre significa un incremento de Él y un decrecimiento de nosotros.

Le tememos a eso. Nos gusta la teología de eso, nos gustan las historias de las personas que caminaron así. Amamos inventar nuestra propia versión de este viaje, sobre todo, si nos deja al radical que hacía sacrificios para Dios. Pero, ¿qué si lo deja muerto para sí y vivo para Dios en Cristo Jesús Señor nuestro? ¡No hay gloria en eso! Bueno, la hay, sólo que no la suya.

Es difícil volver nuestros corazones de todo lo familiar y reconocible. Es difícil dejar nuestra propia tierra, parentela y casa de nuestro padre e ir a una tierra que nos debe ser mostrada. Esto me recuerda lo que les dijo el Señor a los israelitas cuando estaban a punto de cruzar el río Jordán. Después de 40 años deambulando por el desierto, Dios le

dijo a Josué que el arca sobre los hombros de los sacerdotes debía cruzar el río hacia la Tierra delante de ellos. Él los instruyó seguir el arca al atravesar el Jordán hacia la Tierra.

Josué 3:3-4, *“Y mandaron al pueblo, diciendo: Cuando veáis el arca del pacto de Jehová vuestro Dios, y los levitas sacerdotes que la llevan, vosotros saldréis de vuestro lugar y marcharéis en pos de ella, a fin de que sepáis el camino por donde habéis de ir; **por cuanto vosotros no habéis pasado antes de ahora por este camino**. Pero entre vosotros y ella haya distancia como de dos mil codos; no os acercaréis a ella”*.

Me gusta la frase **“por cuanto vosotros no habéis pasado antes de ahora por este camino”**. Siempre se siente así. Nunca hay un territorio familiar cuando el Padre revela a Su Hijo en nosotros; siempre es un camino por el que nunca hemos pasado. Lo que realmente quiero decir es, que tal como los israelitas, nosotros a menudo nos resistimos a dejarlo a Él que nos muestre la Tierra que Él ya nos ha dado, porque, en última instancia, no creemos que sea mejor. ¿Recuerdan las dos tribus y media que estaban muy contentas con lo que habían conocido y poseído en el desierto, al punto que decidieron tomar su herencia en el lado equivocado del Jordán? Eso es lo que nosotros hacemos por naturaleza. **La razón por la que en nuestros corazones nos aferramos tan fuertemente a lo familiar, es porque no podemos imaginar cómo podría ser mejor la vida sin todo ello**. En realidad no confiamos en Él con ese cuchillo, que remueve sólo lo que está en el camino y deja lo que es mejor. Pensamos que si realmente lo dejamos...quién sabe lo que está más allá de la siguiente curva.

Afortunadamente, este versículo en Efesios nos muestra lo suficiente para saber lo que hay detrás de cada curva. Independientemente de lo que podamos percibir como el costo (y el costo siempre es la pérdida de basura, si estamos viendo claramente), este versículo debería ser suficiente para convencernos de que alrededor de cada curva hay una mayor y más grande experiencia y goce de las *“...abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”*. Detrás de cada puerta desconocida hay otra forma en la que Cristo es mejor que aquello a lo que nos estamos aferrando. Aunque sea un camino por el que nunca hayamos pasado antes, está excesiva y abundantemente más allá de lo que podríamos pedir o pensar.

Recibí un correo de alguien con quien el Señor había estado tratando esto mismo. Me gustaría compartirle un pedacito, porque dice con mucha claridad lo que he estado tratando de decir:

“Cuando usted habló del juicio de la cruz en tiempo pasado, como ‘hecho para siempre’, algo se acrecentó en mi corazón y fui capaz de ver que Él no nos está dirigiendo a un lugar en el futuro, o que aún tiene que hacer algo en mí...lo vi todo HECHO; y listo para ser revelado. Vi que mi salvación no es susceptible a que

pase algo imprevisto o inesperado, porque Él la logró de una vez por todas hace mucho tiempo.

Ver esto como un hecho, desenmascaró todas las imaginaciones y mentiras de un golpe, y las redujo a paja que es llevada lejos por el viento porque no contiene sustancia... Creer requiere hallar la voluntad de Dios, es como seguir creyendo en cuentos de hadas, por ejemplo, cuando en la cara de la salvación eso está consumado... ¿Por qué un adulto creería en cuentos de hadas? No lo haría.

Vi que caminar con Él no es que Él toma mi mano y me dirige por un camino hacia un lugar al que aún no he llegado...donde en el viaje y en cualquier momento, algo imprevisto e inesperado pueda suceder, donde Él tenga que hacer un rápido ajuste o yo tenga que hacer algo que no me guste. PARA MI es como si yo estuviera en un viaje, pero PARA ÉL yo ya estoy ahí; Él sólo está tratando de mostrarme dónde estoy... ¿Por qué iba yo a pelear que se me muestre dónde estoy ya? No sé, no tiene sentido.

Supongo que simplemente vi la salvación consumada, hecha. Sin sorpresas, sin cambios... Verla así me hizo sentir...seguro.

La razón por la que es segura es porque ha estado hecha por años, yo no lo sabía. Yo pensaba que algo estaba siendo continuamente desarrollado, pero no, que estaba siendo desarrollado en mi entendimiento; lo cual es así. Yo la estaba viendo más como desarrollándose para Dios... Como si Él la estuviera inventado conforme avanzamos, y por tal razón, siempre existía la posibilidad de que pudiera salir mal.

No me habían dicho eso, por supuesto, pero de alguna manera, algo que oí acerca de que había sido consumada la puso en una nueva luz. Una luz más segura. Una luz en la que yo no tengo que preocuparme acerca de cómo va a salir, o si tengo que hacer o no lo correcto. También vi que desde que no tengo nada que descifrar, o no se espera que sepa, la presión desapareció. Sentí que tenía que ser fácil entonces, que en la luz de este nuevo entendimiento hay que tener un corazón humilde, como un niño que está a punto de descubrir algo maravilloso de lo que Él ya hizo”.

Bueno, esto es, esto es lo que he estado tratando de decirle. Como dijo Pedro, que la salvación estaba lista para ser revelada. Y sin embargo, la revelación de ella, la revelación de donde estamos, le hace daño a nuestros pensamientos e imaginaciones más familiares.